

RODRIGO SOTO



T I N T A F R E S C A

Los aguafiestas

A los artistas nunca se les queda bien. Siempre están molestos o quejándose por algo; siempre están buscando el lunar en la sopa y la mosca en la mejilla; siempre están inquietos o inconformes, irritables o furiosos. En las reuniones, suelen apartarse y mirar con avidez o desconfianza, o por el contrario, resultan energúmenos que no conocen límites para el baile, la bebida o los demás placeres. Son excesivamente callados o de una locuacidad exasperante. No conocen los términos medios —ni siquiera cuando comen carne—.

Descentrados y un poco excéntricos, arrebatados, rotos, los artistas son los aguafiestas en el festín de los poderosos y los que quieren convencernos de que todo marcha bien, los que viven diciéndonos que soportemos, que votemos por ellos, que sigamos siendo buenos porque el año entrante o cuando ellos decidan será todo mejor, maravilloso y bello. Los artistas son fermento pero también esperanza. Son de los primeros en apuntarse a las revoluciones, pero también de los primeros en abandonarlas. Por eso siempre los están matando.

No es que sean indiferentes a la belleza del mundo, ni que ignoren que la vida es un regalo único; diría, por el contrario, que pocos tan sensibles como ellos. Pero están convencidos de que verdad y belleza van de la mano.

Y hay verdades duras, como la muerte, el dolor y la enfermedad; verdades amargas como la mezquindad y el egoísmo; verdades terribles como la maldad incubada por el odio; verdades ruines como la traición, y dolorosas como la decrepitud y el olvido; en fin, sabemos de sobra que la verdad no siempre es agradable. Pero aún las verdades más terribles, miradas a los ojos de frente, revelan un destello de secreta hermosura, pues entonces podemos elevarnos sobre ellas, y afirmar lo mejor de nosotros mismos.

En otras palabras: el artista no persigue la belleza sino la verdad, pero su búsqueda conduce a la belleza, porque nos revela que somos el odio y la posibilidad de trascenderlo; la traición y la posibilidad de la lealtad, el egoísmo y la posibilidad siempre abierta de encontrarnos.

No es que los artistas no mientan. Por el contrario, a menudo son grandes mentirosos; pero la mentira del arte —el artificio o la invención—, apunta siempre a una verdad más honda. Lo detestable es la mentira que envilece, la mentira que corrompe, destruye, deforma, falsea y denigra lo humano. Y de ella, según nos enseña

esa raza de artistas como Dostoievski, Cortázar, Kundera, Picasso, Klee, Rivera, Satie, Kahlo, y tantos, tantos otros que admiro y amo, nadie está a salvo.

Lo dijo de modo insuperable Ernest Hemingway: “el verdadero, el único requisito para ser un escritor, es tener un buen detector de mierda.” Y más amigablemente, el japonés Kenzaburo Oé: “La segunda tarea más importante de la literatura es crear monstruos. Pero la primera, y más importante, es destruirlos.” Yo haría extensivas ambas afirmaciones a todas las artes y a todos los artistas.

Desafortunadamente, vivimos en un mundo en el que muchas, demasiadas cosas, están podridas y huelen mal.

La mentira, el engaño y la manipulación son moneda de pago. Por eso, a menudo escuchamos

la risa burlona, los arrebatos de furia

los lamentos amargos de los creadores

No es bonito que no recuerden

da paso lo que no anda bien, sobre

cuando ese alguien no tiene

prestigio ni poder; no sale en la

de moda ni anda en Mercedes Ben

gún dicen las malas lenguas, ni siq

trabaja, y si lo hace, no gana bien...

fin, ¿qué demonios se creen esos melenu

dos, para andar aguándonos la fiesta a

las personas decentes?

Si alguna autoridad tiene el artista,

es la realizar esta búsqueda en su

propio ser. Puede mirar y denuncia

que la reconoce y combate en su

interior. El artista es un laborator

rio ambulante, su vida es un experi

mento y su obra máxima. Al hacer

de la búsqueda un trabajo público, si

un artista se engaña resulta grotesco.

A veces los artistas se parecen a Pinocho,

porque a ojos vistas les crece la nariz. Siendo, como suelen ser, vanidosos hasta la exasperación, el precio que pagan por hacer trampa es el de transformarse en monstruos afectados y ridículos.

Es verdad que a los artistas a veces los compran con embajadas y otros puestos, y los hay que terminan convirtiéndose en bufones o escribanos a sueldo, pero por cada uno de esos, aparecen muchos otros indóciles, molestos e inconformes.

Porque alguien tiene que hacer ese trabajo. Alguien tiene que decirnos que vivimos un sueño si creemos que todo marcha bien; alguien tiene que revelarnos la dignidad y la belleza de la insaciable búsqueda humana de la verdad, por dolorosa o terrible que esta sea; alguien tiene que recordarnos que la caca y la basura siguen aquí, dentro y con nosotros, y que nuestra vida será lo que hagamos con ellas, pues por más estaciones orbitales que se construyan, pasará mucho tiempo antes de que nos podamos ir. ¿A dónde? ■

